

## INDIOS Y NEGROS (Fragmento)

No andan por el Sur más tranquilos los negros; ni menos perseguidos, puesto que en ciudad de tanto influjo como Atlanta la población ha quemado en la horca la efigie del director de Correos, porque osó dar un puesto a un negro inteligente y cortes, que hubiera tenido a sus órdenes a una joven blanca « ¿Yo cambiar papeles mano a mano, yo recibir mandatos, yo tener frente a frente todo el día a un negro que no es mi igual y viene a ser mí superior?» La joven renunció: hubo juntas de indignación, en que le alabaron la renuncia; levantaron enfrente del correo una horca, con la efigie colgante del general Lewis, y al entrar la noche le prendieron fuego: seis policías de la ciudad abrieron paso entre la multitud, a los que llevaban las antorchas; en el club, todos los miembros decidieron dar la espalda en la calle al general, y negarle el saludo: uno de sus fiadores le ha retirado la firma; el periódico del lugar le dice: « ¿Como acepta Lewis un puesto público para ofender la opinión decidida de aquellos cuya vida aceptó para encumbrarse al puesto de donde los ofende?» Lewis responde que él es empleado federal, que no sabe, en cuanto lo es, que haya blancos ni negros, sino ciudadanos con derecho a los empleos y recompensas de la república: «No he de nombrar --dice- a un negro para un empleo inferior, y de mero amanuense, cuando la nación nombra a un mulato, a Federico Douglas, como su representante de los Estados Unidos en otra república, en Haití.» «! Haití es tierra de negros! - le responde el diario-. No necesitaran ustedes, los republicanos, del voto de los negros para tenernos en jaque a los demócratas del Sur, y ya veríamos si tenían tanto empeño en sentarnos a la mesa de comer a estas hordas africanas.»

Lo de hordas lo repiten ahora más, porque con los calores, que pueden en la sangre negra más que en la blanca, se les ha encendido la fe a las negradas de Georgia, que es donde fue la quema de la efigie. Y no quieren ver los negrófobos las otras hordas de los seminarios, donde se preparan a cientos los negros y mulatos para sacerdotes; ni las listas que los diarios están publicando estos días de negros ricos que han hecho fortuna sin contratos de ayuntamiento ni concesiones de ferrocarriles, y negros actores, que los ha habido famosos, y tan buenos en la tragedia como en la caricatura, y negros autores, que van siendo ya muchos, y se distinguen en el periódico y en la teología, acaso porque en esta hallen un tanto de la piedad y el consuelo que les niega el mundo. Lo que los diarios cuentan con encono, como si entre los blancos de España y los mestizos de México no hubiera habido locura igual, es que en cuarenta millas a la redonda de Savannah los negros están abandonando sus melonares, dejando ir por los troncos la trementina, abriendo al ganado las siembras, echando al río en sacos su dinero, para seguir por los campos besándole las manos, y arrodillándose a su voz, a un blanco de unos treinta años y cabellera rizada que les dice que en su cuerpo magro, y casi transparente del ayuno, está encarnado Cristo. Duermen en las selvas. Rezan con la aurora. Van detrás de Cristóbal Orth, que se sabe de memoria la Biblia, y les promete llevarlos a la tierra donde todos los hombres son iguales, a la tierra de Canaán. En vano se le oponen los sacerdotes negros, cuyas plegarias flojas no pueden sacar de su miseria al negro acorralado, «que se queda sin cabeza en cuanto la quiere sacar más alta que sus melones». ¡Ese es Cristo, el que no les pide dinero a los negros para llevarlos a la tierra de Canaán! ! Ese es Cristo, el que da, el que no pide! ¿No se están cumpliendo todas sus profecías? ¿No lo han acusado de vagabundo, como dijo el que lo acusarían? ¿No le han llevado preso ante el juez, como dijo él que lo iban a llevar? ¿No le disputó el juez su divinidad, como él lo dijo? ¿No dijo que lo pondrían otra vez libre, como lo han puesto para seguir viaje, como esta siguiéndolo, a la tierra de los caninitas? Trescientos negros, y muchos con armas, fueron detrás de él, en plena puesta del sol, al pueblo del

juzgado. Los jurados eran doce, y el juez un coronel que sabe Biblia; pero Orth sabe más, y se defiende de pie, abriendo las manos sobre los jueces, como si le echara encima los versículos.

Por vagabundo no lo pueden condenar; y ensena las manos llenas de dinero. El milagro del vino le piden, pero él no lo quiere hacer, porque no digan que anda con vino y se valgan de eso para cerrarle con la ley el paso a Canaán. No detendrá la mano al coronel que se va a llevar a la boca un mascullón de tabaco, porque a quien tiene preocupado la salvación del hombre no le importa que el coronel masque, ni quiere dejarlo manco de por vida. El espíritu de Cristo esta en él y estuvo en Abraham Lincoln, y en Jefferson Davis. Lo que él quiere es que el hombre viva donde no lo maltraten los demás hombres, y todos coman y beban, y no digan que la rosa colorada no es rosa, porque no hay más rosa verdadera que la blanca. El dinero es la mancha del mundo. Canaán es la tierra de la justicia, donde el que más ama es el más rico, porque todo se lo pagan en amor. Por todo lo cual, el jurado declaró a Orth lunático y enemigo de la paz pública; pero por aquellos campos no habrá cárcel que quisiera dentro de sus puertas a quien tiene por sí a cientos de negros armadas, así es que lo dieron libre, en lo que vio su gente la prueba de la divinidad que les tenía anunciada el sagaz Orth, a quien con más fuerza se llevaron preso pocos días después. Sólo que ya no se podía apagar el ansia despierta de la redención, y por allí cerca salió de entre los negros un James, que se declare también Jesús, e iba a la cabeza de sus secuaces desnudo por los campos, con éxtasis religiosos que paraban en el abrazo y conclusión pública de los sesos, según la práctica de la secta africana de *de lo Woodoos* que ponen en la tierra los delirios conyugales que los swedenborgianos de Suecia ponen, como corona de todos los gustos, en el unisexo y conjunción definitiva de los ángeles del cielo, Pero James no hizo armas cuando le cayó encima la ley como había hecho puños contra un negro sensato que lo quiso sacar de su demencia, y a quien atacó con ferocidad el gentío de los conversos: a la ley se rindió James, e intimó a los que la querían resistir que se rindiera lo cual hizo como quien sabe que le van a obedecer y no tiene más que ondear la mano: besaban la tierra por donde se llevaban a James desnudo: también ellos habían echado al río todos sus ahorros: “¿A que el dinero - decía James-, si por el amor de los hombres al dinero hemos venido a esta infelicidad?” “¿Quién nos llevara ahora - se preguntaba un viejo- a donde está el placer y la justicia?”

A James, que era alcalde de su caserío, lo han encerrado por loco.

**La Nación. Buenos Aires, 6 de Octubre de 1889**